

La totalidad en la entrega

En la Pascua 2009, la comunidad de Uruguay le pidió a Juan Escalera un testimonio de vida que expresara su vivencia interior en relación a su traslado a Perú, después de casi 17 años en Paso Carrasco. Allí ha sido hermano de comunidad y ha servido como delegado de la comunión de Uruguay, párroco de San José Obrero y Vicario Pastoral de la diócesis de Canelones.

En el contexto de la entrega que en estos años ha ido experimentando en sus propios vecinos, Juan nos regala el escrito que ahora compartimos con todos vosotros.

TESTIMONIOS EN PASO CARRASCO

La pareja joven que en un rancho de madera de 2 piezas y 6 hijos, llevan a vivir a su casa a una mujer anciana que encontraron en la calle un día que hacía mucho frío (Patricia y Julio).

La mujer que, necesitando para comer, da 100 pesos para el Fondo común, aunque luego venga a la parroquia para solicitar alimentos, pues no llega a final de mes (Rosita).

El obrero que, después de 9 horas de trabajo, tiene tiempo y ganas de echar una mano en el Salón común, en beneficio de todos y sin mucha colaboración (José).

La mujer que acoge en su casa a sus hijas y nietos aunque han hecho justo lo contrario que les decía y, cuando no tienen más posibilidad, los acepta, trastocándose toda la vida y sin saber hasta cuándo ni cómo (Yolanda, José y Sandra).

La mujer que, habiendo hecho todo por sus hijos, a la vejez se encuentra sola, necesitada y sin embargo se sigue desviviendo por los suyos (Teresa).

Quien rebuscando comida de lo que sobra en la feria, luego la comparte con sus vecinos. Y 20 pesos (todo lo que tenía) lo da como donación para la construcción del Salón común. Y a la vista de muchos, es una persona desestructurada (Nora).

La madre que jueves tras jueves va a ver a su hija a la cárcel y los domingos a su hijo, llevándoles siempre algo de comida que ni ella tiene para sí, cuando todos los demás abandonan. Y... "serán lo que sean, pero son mis hijos" (Luisa, Lourdes).

Tantos que no tienen para llegar a fin de mes y se levantan cada mañana con la esperanza de ir haciendo la vida más fácil para los suyos, aunque en ello les vaya la vida (Luís y Lisa).

La hija que atiende día y noche a su madre enferma o a su esposo, relativizando todo lo demás en función de ellos, prácticamente las 24 horas (Susana).

El militante de base que está siempre buscando lo mejor para el barrio, sin ceder a la corrupción ni buscar acomodarse él mismo, año tras año, fracaso tras fracaso (Carlos).

Estos y muchos otros son testimonios que me hacen ver la vida de otra manera. Muchos de los servicios sociales tienen en cuenta la realidades de estas personas



concretas, para promocionarlas, desde esquemas de "normalidad", acentuando la problemática y lo que falta y lo desestructurado de cada situación. Pero no hemos de perder la mirada de lo mucho de Dios que hay en ellos y de lo mucho que hemos de aprender de ellos en beneficio de nuestras vidas, de tanta entrega generosa, de esa "totalidad sin medida" que a los ojos de muchos puede ser inconsciencia, falta de previsión... Y que a mí me habla de cómo Dios quiere también nuestra entrega: "en totalidad", sin reservarnos nada para luego, sin agarrarnos a los por si acaso, sin medir lo que doy y recibo y así echar raya.

Pues así es también Dios conmigo, con cada uno de nosotros. Y una de mis grandes preocupaciones en este tiempo es decirle a cada uno lo importante que es el gesto, el servicio, la entrega que realizan. Y en ese contexto, todo lo demás. Esto me obliga a mí en mi ministerio a hacer lo mismo. De tal manera que si tengo "tengo que dar" y no medir demasiado el cómo, cuándo, en qué condiciones... Tanto lo material como la propia vida.

LLAMADO A ENTREGAR LA VIDA EN TOTALIDAD

En este contexto y después de casi 17 años en Paso Carrasco, recibo la propuesta de dejar todo lo que va dando sentido y razón de ser de mi entrega. Dejar los vínculos y afectos trazados en este tiempo e ir a Perú a una nueva realidad desconocida para mí. Y que me supone comenzar todo de nuevo, aprender a caminar, a hablar, a hacer lo que no sé.

En Paso Carrasco, en Canelones, como que había encontrado mi sitio. Me encuentro como pez en el agua, es mi Galilea: lugar de vecindad, de entrega, de construir juntos, de "hacer milagros". Me encuentro querido y apreciado por muchos, y experimento que son muchos a los que quiero y que juntos hemos hecho muchas cosas. En la diócesis de Canelones he podido experimentar que es posible ir haciendo una Iglesia nueva, más la Iglesia samaritana, pobre entre los pobres, que la Iglesia del hermano mayor de la parábola. Y tengo mi lugar y mi servicio. Ya lo único que me quedaba era ir creciendo en servicios y cargos...

¿Y qué hacer ante la propuesta de salir? El Dios de Jesús es el Dios de la totalidad. Por eso tantos testimonios de totalidad, se sepa o no, sólo son posibles en la confianza en Dios. Este mundo será distinto cuando midamos menos la entrega y sepamos ir haciendo locuras de amor, aunque en primera instancia parezca que es a nuestra costa.

Decir que no a la propuesta sería apropiarme de lo que no me pertenece. Paso Carrasco, las comunidades, los afectos, la diócesis, la comunidad, son regalos de Dios en mi vida y si pretendo apropiármelos, los anulo. No son míos, son de Dios y Él sabe lo que nos conviene a cada uno en cada momento. Para que esto que Dios ha comenzado acá crezca, yo tengo que morir un poco, he de disminuir, y si eso implica salir, acepto y lo quiero, porque estoy convencido, desde la fe, no siempre desde el sentimiento, que es lo mejor.

Sólo Él sabe lo que me cuesta, pero lo hago también confiado en que Él está y que si es cosa suya, es lo mejor para mí, para la comunidad, para mis vecinos.

Será motivo de fecundidad para todos, aunque primero sea el desgarró, la entrega con la incertidumbre y dolor que toda entrega tiene.

Sé que Dios quiere lo mejor para mí, lo mejor para los demás, y yo no soy dueño del servicio que realizo. Hago lo que tengo que hacer y lo hago confiado en el Señor y en los hermanos. Es un pasito más de entrega que, si tengo la gracia de no medirla, como han hecho muchos de mis vecinos, será generadora de vida. Pero cuando y como Dios quiera, no según mis medidas, mis cálculos y mis conveniencias coyunturales.

En Perú es el mismo Señor quien me espera. Allí está la vida entregada de los hermanos y para vivir la vocación regalada es todo lo que necesito.

Voy a Perú no para realizarme más y mejor, que no se cómo irá. Voy a Perú porque el Señor a través de los hermanos me lo piden en función de necesidades concretas. Y por eso, *no estoy condenado al éxito ni mi vida será un fracaso.*

*Juan Escalera
Paso Carrasco, Pascua 2009*